

Para el otro debate: ¿pueden las mujeres entender Filosofía?

Dos mujeres extraordinarias en la vida y filosofía de Renato Descartes

Juan Mario Castellanos
juancastelx@racsa.co.cr

En los últimos años de su vida, Renato Descartes (1596-1650), el célebre filósofo francés “padre del pensamiento racional moderno”, estableció comunicación -en gran medida epistolar- con dos mujeres jóvenes extraordinarias; la princesa Elizabeth von der Pfalz (1618-1680), católica, hija del fallecido ex rey de Bohemia, y Christina Wasa (1626-1689), luterana, reina de Suecia, hija del difunto rey Gustavo Ir Adolfo que durante toda su vida había combatido a la contrarreforma y Roma. Por separado, ambas le plantearon con agudeza una problemática filosófica nueva que se puede sintetizar en la interrogante siguiente: ¿cómo debe actuar una persona para que sus acciones se puedan considerar siempre, *sin ninguna duda*, como moralmente buenas?

Correspondencia con la princesa Palatina

En misiva del 16 de mayo de 1643, la princesa Elizabeth de Bohemia, a quien el pensador francés dedicaría su principal «manual» de filosofía y física teórica, los **Principios de filosofía**¹ le plantea la cuestión que siempre quedaba pendiente en la ontología cartesiana si existen dos sustancias absolutamente independientes, una material y

otra inmaterial, ¿cómo se produce la acción de la *res cogitans* o alma sobre la *res extensa* o cuerpo y *viceversa*, es decir, cómo puede la materia ejercer una acción sobre el alma? En su pronta respuesta del 21 de mayo del mismo año el filósofo reconoce que no le había dado suficiente atención a ese problema crucial: «Puedo decir... que la cuestión que Vuestra Alteza propone, me parece que es la que se me puede plantear con mayor razón tras los escritos que he publicado. Pues habiendo dos cosas en el alma humana... una de las cuales consiste en que piensa y la otra en que, al estar unida a un cuerpo, puede actuar y padecer con él no he dicho casi nada de esta última, y me he dedicado únicamente a hacer entender bien la primera, porque mi principal objetivo consistía en probar la distinción que hay entre el alma y el cuerpo».²

Descartes mantuvo desde entonces un intercambio epistolar con su joven y lúcida amiga. En varias cartas, escritas siempre con el afán de esclarecer la vinculación que tiene el alma con el cuerpo, modificó y precisó el significado de algunas de las «ideas básicas» o «nociones primitivas» de su metafísica, es decir, de su teoría del conocimiento y su ontología, como no lo había hecho en ninguno de sus trabajos sistemáticos anteriores. Por ejemplo, destacó la enor-

1. *Renati Descartes, Principia Philosophise, Amsterdam, 1644.*
2. «Lettre a la Princesse Elizabeth, 21 mai 1643», en RENÉ DESCARTES, *Lettres Sur la Morale. Correspondance avec*

la Princesse Elisabeth, Chanut et la Reine Christine (Cartas sobre la moral. Corresp. con la Princesa Elizabeth, Chanut y la Reina Cristina), Boivin, París, 1935, 7-8.

me importancia que tenían las cosas que pertenecían a «la unión del alma y el cuerpo», única condición propia de los seres humanos durante el período en que permanecemos vivos. Además enunció una sorprendente y reveladora estructura gnoseológica que condiciona y limita el conocimiento humano: el *pensamiento puro* es el único que nos permite conocer a Dios y el alma; el *entendimiento*, o sea la razón deductiva o inductiva vinculada a la imaginación, hace posible que desarrollemos la matemática y la lógica. Pero tanto el uno como el otro no pueden captar sino de manera oscura las cosas pertenecientes a la unión del cuerpo y el alma. Éstas cosas sólo se conocen «muy claramente por medio de los sentidos» ...

«De donde resulta que aquellos que no filosofan jamás y sólo se sirven de sus sentidos... [consideran sin dificultad] al alma y al cuerpo como una sola cosa, es decir, conciben su unión, pues concebir la unión que hay entre dos cosas significa concebirlas como una sola... De manera que usando solamente de la vida y de las conversaciones ordinarias, y absteniéndose de meditar y estudiar las cosas que desarrollan la imaginación, se aprende a concebir la unión del alma y el cuerpo.³

En forma paralela, a petición de la Princesa Palatina, cuya vida había sido tan golpeada por la turbulencia política y religiosa, el filósofo expresó, con el claro afán de

brindarle consuelo y no sin cierta renuencia, opiniones en torno a la *moral* de los gobernantes y los poderosos, tal como ésta aparecía descrita en la obra **El Príncipe** del sumiso funcionario y diplomático florentino, Niccolò Machiavelli (1469-1527).

La Italia renacentista de comienzos del siglo XVI se hallaba desgarrada por la intervención de los monarcas de España y Francia, las casas de Aragón y Anjou, las luchas fratricidas entre las opulentas y voraces familias de los Médicis, los Colonna, los Farnese, los Pitti, los Orsini, los Sforza, etc., las guerras entre las ciudades de Venecia, Milán, Florencia y Nápoles, las traiciones y conjuras de los *condottieri* mercenarios, la depravación de Roma y la Santa Sede, el relajamiento generalizado de las costumbres, la honorabilidad y el decoro. En ese ambiente Maquiavelo, fiel y obediente servidor de su ciudad natal y gran admirador de César Borgia, había elevado al feroz bastardo menor del licencioso y criminal Papa Alejandro VI, al rango de modelo de príncipe gobernante y estratega militar.⁴ De esa manera había establecido el principio de que al poder se podía llegar de modo legítimo por tres caminos: «el favor de los conciudadanos, la herencia o *la conquista*». Y que en consecuencia, todos los medios, «el talento, la suerte e incluso *el halago, la falsía y la crueldad*», resultan buenos como cualquier otro si conducen al fin de mantener y ampliar el poder.⁵

En una primera carta Descartes le

3 «Lettre a... Elizabeth, 28 juin 1643», en *Lettres Sur la Morale*, 14.

4 Cesare Borgia (n., 1475), obispo de Pamplona, arzobispo de Valencia y cardenal a los 18 años de edad, sin haber sido nunca ordenado sacerdote. Asesinó a su hermano mayor Giovanni, duque de Gandía, y luego al segundo esposo de su hermana Lucrezia. Renunció a sus cargos eclesiásticos, casó con Charlotte d' Albret, hija natural de Luis XII de Francia y recibió el título de duque de Valence. Pretendió convertir a los Estados

Pontificios en un imperio secular en el centro de Italia y sometió de manera brutal pequeños feudos de *condottieri* y *vicari* de la Iglesia, Pero el Papa Alejandro VI falleció en 1503, al parecer envenenado. El nuevo pontífice, Julio II, tomó prisionero a Cesare y lo obligó a devolver los territorios conquistados. Cesare murió estando al servicio de su cuñado, el rey de Navarra, en la batalla de Viana. (Castilla), en 1507. Cf. E. CHAMBERLIN, *The fall of the house of Borgia*, DÍal, Nueva York, 1974.

aseguró a la princesa que para instruir correctamente a un príncipe o monarca harían falta Máximas «enteramente distintas» a las de Maquiavelo, y que únicamente aceptaba algunas afirmaciones acertadas del florentino, como la de que «el amor del pueblo vale más que las fortalezas». ⁶ Sin embargo, debido a la necesidad de mantener la tesis eclesiástica del carácter divino de los gobernantes, poco después se vio obligado a admitirle «que la justicia entre los soberanos tiene otros límites que entre los particulares y pareciera que en esas confrontaciones Dios le da el derecho a quien le proporciona la fuerza». En otra misiva llegó incluso a aseverar, que «las acciones más justas se convierten en injustas, cuando quienes las ejecutan piensan que lo son así». ⁷ ¿Concesiones piadosas para consolar a su querida y admirada amiga, la Serenísima Princesa? ¿o una aceptación evasiva (jesuítica) del relativismo político y la subjetividad, con base en una especie de *moral provisional* propia de los intelectuales tímidos que temen enfrentarse al poder establecido?

Correspondencia con la reina Cristina de Suecia

En un viaje a París realizado por Descartes pocos meses después de la publicación de los Principios, el embajador de Francia en Estocolmo Mons. Chanut, le había entregado la primera carta de la unigénita del rey Gustavo II Adolfo: la reina Cristina de Suecia,

quien al cumplir los 18 años había sido coronada una vez más ante el Consejo de Regencia. Primero a través de Chanut, y luego directamente, se estableció un intenso diálogo epistolar.

La joven reina que antes de asumir el trono se dice estudiaba doce horas diarias, de seis de la mañana a seis de la tarde, le planteó al filósofo una serie de preguntas, entre ellas una casi inconcebible en personas de su edad, que ponía al descubierto -bajo su apariencia de niña poco femenina y voluntariosa- ⁸ la fineza de su Sensibilidad y la excepcional agudeza de su intelecto: «¿qué pasión, en términos generales, produce más daño en la vida, el amor o el odio?» La reina -como bien lo señaló Chanut- no preguntaba por el amor o el odio de una adolescente, sino por el amor como fuerza filosófica o trascendente. Descartes respondió a esa interrogante con una larga misiva, conocida posteriormente como la «carta sobre el amor» de Descartes, donde le expuso que el amor «lleva a grandes excesos y así le produce daños al resto de la humanidad... debido a que dicho amor tiene, como es natural, más poder y fuerza que el odio». ⁹ La reina Cristina quedó sorprendida por esa respuesta, pareció no ponerle atención, pero se interesó todavía más por las ideas metafísicas, fisiológicas, psicológicas y morales del filósofo. Muchas cosas le inquietaban: el carácter ilimitado que Descartes le otorgaba a la *res extensa* (el universo), el efecto *desmoralizador* que esa hipótesis podría tener entre el común de la gen-

5 LEOPOLDO GARCÉS CASTIELLA, «las ideas políticas en Descartes», en Homenaje a Descartes en el Tercer Centenario del «Discurso del Método», Instituto de Filosofía, Universidad de Buenos Aires, 1937, III, 77-78; NICOLAS MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Edits. Mexicanos Unidos, México D.F., 1966, Caps. I-III, V-VIII.

6 Carta a la Princesa Isabel, GARCÉS CASTIELLA, «Las ideas políticas...», *Opus cit.*, III, 84; MAQUIAVELO, *El Príncipe*, Caps. XIX y XX.

7 «Otra carta a la misma princesa», GARCÉS CASTIELLA, «Las ideas políticas...», *Opus cit.*, III, 86.

8 Políglota, jinete y esgrimista notable, interesada en discusiones políticas, filosóficas, religiosas y científicas, crítica del papel subordinado que desempeñaban las mujeres en la vida social y cultural, generosa promotora de artistas y hombres de ciencia, Cristina Vasa es una de las mujeres más impresionantes en los comienzos de la historia europea moderna.

te,¹⁰ el problema de lo que significa la *esencia* de las cosas existentes y la *estructura interna* de esa glándula pineal que Descartes suponía asiento del alma y punto de reunión de lo corporal y espiritual.¹¹ Pero ante todo deseaba saber cuál era el *soberano bien*, es decir, el bien supremo al que, como seres humanos podíamos aspirar. Como respuesta a esta última inquietud, en carta del 20 de noviembre de 1647 el filósofo le expresó a la joven reina la opinión siguiente:

«Se puede considerar la *bondad* de cada cosa en sí misma, sin referida a otra, en cuyo sentido es evidente que Dios es el *soberano bien*... pero también se puede referir a nosotros, y en este sentido no veo nada que debamos estimar como un *bien*, sino lo que de alguna manera nos pertenece, siendo tal que poseerlo constituye una perfección para nosotros.»¹²

Y poco después le envió a Chanut una parte de su correspondencia personal referente a ese tema, a la cual le agregó «un pequeño tratado (*petit traité*) de las pasiones, pues son ellas las que debemos intentar conocer, para obtener el bien soberano que he descrito».¹³ En los meses y años siguientes, Descartes fue delineando con extrema difi-

cultad («confieso que he empleado más tiempo en revisar el pequeño tratado... que en escribirlo»),¹⁴ los principios de una explicación fisiopsicológica de las pasiones. Durante todo ese período quedó implícitamente anunciada una obra mayor sobre los *principios metafísicos* de la moral que nunca llegó a escribir.¹⁵ La redacción de esa última obra sólo la pudo emprender pocos años más tarde y culminar un cuarto de siglo después de la muerte del filósofo francés su más brillante discípulo, el meticoloso y paciente Benedictus Spinoza, en su asombrosa *Ethica, more geometrico demonstrata* (Ética, demostrada a la manera geométrica), que estableció por decirlo así, el carácter matemático de la moral.¹⁶

Como resultado de las comunicaciones escritas, la reina de Suecia, que a la sazón ya contaba con veintidós años de edad, decidió proponerle a Descartes que se trasladara a la corte de Estocolmo para instruída personalmente en asuntos de filosofía y crear una *academia* destinada a los estudios científicos. Ante las reiteradas evasivas de éste, insistió imperiosa, enviando incluso a uno de sus almirantes a Holanda, con la misión de llevarle a su país. Se produjo un serio

9 Carta a Chanut, 2 de febrero de 1647.

10 «...si concebimos al mundo de ese tamaño tan grande que Vos le otorgáis, no es posible que el hombre conserve dentro de él su rango de honor. Por el contrario, se considerará a sí mismo y a la totalidad de la Tierra que habita, como una parcela pequeña, diminuta, que no guarda proporción con el enorme tamaño del resto. Es muy probable que empiece a pensar que esas estrellas tienen habitantes o incluso que las Tierras que les rodean están llenas de criaturas que pueden ser más inteligentes y mejores que él. Es seguro que dejará de creer que la extensión infinita del mundo ha sido hecha para él, o que pueda de alguna manera estar a su servicio.» *Lettre de la reine Christine a R. Cartesius*, nov. 1648, *Lettres Sur la Mora/e*, 75.

11 ROSA GARCIA MONTEALEGRE, «Christina von Schweden, Koenigin und Gelehrte» (Cristina de Suecia, reina y erudita), en U. MEYER y H. BENNETVAHLE

Philosophinnen Lexikon; Reclam, Leipzig, 1997, 146.

12 «Lettre a la R. Christine, 20 nov. 1647», en *Lettres Sur la Mora/e*, 281.

13 L. J. GUERRERO, «La generosidad en la filosofía cartesiana», en *Homenaje a Descartes...*, III, 45

14 Tratado de las Pasiones, RBA, Barcelona, 1994, «Respuesta a la segunda carta», 82.

15 En carta a la Princesa Palatina del 15 de Sept. de 1645, había afirmado que el primer principio de una moral definitiva era «que hay un Dios de quien dependen todas las cosas, cuyas perfecciones son infinitas, cuyo poder es inmenso y cuyos decretos son infalibles: pues esto nos enseña a recibir de buen grado todo lo que nos ocurre como estándonos expresamente enviado por Dios», Tratado de las Pasiones, nota 63, 171.

16 Cf. H. M. WOLFF, *Spinozas Ethik. Eine kritische Einführusig*, Berna, 1958; LOUIS MILLET, *La Pensée de Spinoza*, Bordas, París, 1970.

malentendimiento que no obstante se logró aclarar. Acusado por los teólogos calvinistas de Leyden (Revins, Triglaudius) y de Utrecht, prohibida la enseñanza de su doctrina en la anglicana Universidad de Oxford¹⁷ y envuelto por las intrigas de los jesuitas en París y Roma, el filósofo francés terminó atendiendo los llamados de la joven reina. No obstante, puso en manos de su editor, para que fuese impreso antes del otoño de 1649, es decir, antes de su viaje a Suecia, el libro donde exponía en forma sistemática las reflexiones fisiológicas, psicológicas y morales que en gran parte había ido madurando a lo largo de su correspondencia con la princesa y la reina. Se puede decir que esta última obra de Descartes fue una especie de respuesta al agudo debate epistolar sostenido con estas dos excepcionales mujeres filósofas.

Viaje a Suecia y fallecimiento

Finalmente llegó al país «de los osos y los hielos» (*au pays des ours et des glaces*) en octubre de ese año, alojándose en la residencia del embajador Chanut, a una hora del palacio real de Estocolmo. La reina Cristina lo recibió con todos los honores. Pero después de un período en que la activa soberana no tuvo tiempo para atenderlo le pidió que redactara una pastoral (*une fable bocagere* - una fábula cantada) en versos franceses,¹⁸ para estrenar el 19 de diciembre en el palacio real, en conmemoración del 23 cumpleaños de reina y el fin de la Guerra de Treinta Años a cuyo término ella tanto había contribuido. Luego a principios de enero de 1650, le solicitó una lección diaria de filosofía a las cinco de la mañana por ser esa «la hora más tranquila y más libre del día». La diligente reina

sólo dormía cinco horas por las noches.

El primero en contraer una neumonía fue Chanut, que acompañaba todas las madrugadas al filósofo hasta el palacio real. El solícito cuidado de Descartes le devolvió la salud. No obstante, Renato, acostumbrado a levantarse ya bien entrada la mañana, también contrajo la afección pulmonar a principios de febrero. Rechazó los brebajes que le recetaban los médicos de la corte, a quienes consideraba charlatanes por sus escasos conocimientos anatómicos y fisiológicos, y no permitió que lo sangraran.¹⁹ «*S'il vous plait, messieurs! épargnez vous le sang frant;ais!*» (¡Por favor, señores, ahorraos la sangre francesa!). Comulgó en la capilla de la embajada. Murió en menos de una semana, el 11 de febrero de 1650. Consternada, la reina ordenó que fuese enterrado en un pequeño cementerio católico cercano al palacio real, con el fin de poder visitar su tumba a menudo. Sin embargo, desde entonces sus enemigos la acusaron de querer ocultar su responsabilidad en la muerte del ilustre huésped.

Trece años después de la muerte de Descartes, a partir de octubre-noviembre de 1663, la Inquisición Romana fue incluyendo la mayoría de sus obras y correspondencia en el *Index librorum prohibitorum* (Índice de libros cuya posesión y lectura estaba prohibida y era severamente castigada por la jerarquía de la Iglesia Católica).²⁰ En 1677 el mismo año en que salía a luz en Amsterdam la *Ethica more geometrico* de Spinoza, fallecido dos años antes, se editaban en francés el Tratado del mundo y el Tratado del hombre,²¹ las obras de astronomía, física y fisiología humana que en vida el filósofo galo nunca se había atrevido a publicar. En medio de una acalorada polémica, los restos

17 L. BOUTTIER, «Descartes y la ciencia positiva», en Homenaje a Descartes..., III, 358.

18 El libreto del ballet *Naissance de la Paix* (Nacimiento de la Paz) perdido durante dos siglos y medio, fue

hallado y publicado en la *Revue de Geneve* en 1920.

19 J. BELTRÁN. «Descartes en la historia de la medicina», en Homenaje a Descartes..., III. 90.

mortales del «padre de la filosofía y la matemática aplicada modernas» fueron trasladados a la capital de Francia y depositados en la iglesia parroquial de *Saint Etienne du Mont*. Luis XIV, el llamado «Rey Sol», que por entonces ya gobernaba como monarca absolu-

to y supuestamente «estimulaba el florecimiento de las industrias, las artes y las ciencias», prohibió que en el acto de recibimiento el magistrado o rector (*chancelier*) de la Universidad de París, Padre Lallemand, pronunciara el elogio público del difunto.

20 RÓMULO D. CARBIA, «Descartes en la cultura colonial de América», en *Homenaje a Descartes... III*; 37.

21 *Traité du Monde, ou de la lumiere* y *Traité de*

f'homme, ou de la Formarián du faetus, Clerselier; París; 1664.